

«EL DRAGÓN DE LOS SIETE CEREBROS»,
CUENTO DE LEOCADIO MEJÍAS

ANGÉLICA GARCÍA-MANSO
Universidad de Extremadura

Resumen

El presente artículo ofrece un análisis del cuento «El dragón de los siete cerebros», del escritor cacereño Leocadio Mejías, desde su contexto histórico, el tratamiento del esquema tradicional conocido como «The Dragon Slayer» (ATU 300), las transformaciones temáticas que aporta y, finalmente, el carácter metaficcional del relato.

Palabras clave: Cuento, Leocadio Mejías, «Dragon Slayer» (ATU 300), lectura didáctica, metaficción.

«EL DRAGÓN DE LOS SIETE CEREBROS»
(«THE DRAGON WITH SEVEN BRAINS»), SHORT STORY
BY LEOCADIO MEJÍAS

Abstract

The present paper analyses the short story «The Dragon with seven brains» by Leocadio Mejías —a writer and journalist born in Cáceres (Spain)—, from its historical context, the treatment of the traditional scheme known as «The Dragon Slayer» (ATU 300), its thematic transformations and, finally, its metafictional character.

Keywords: Short story, Leocadio Mejías, «Dragon Slayer» (ATU 300), teaching reading, metafiction.

1. INTRODUCCIÓN: EL CUENTO EN EL CONTEXTO DE LA PRODUCCIÓN LITERARIA DE LEOCADIO MEJÍAS

Leocadio Mejías Bonilla (Cáceres 1910-Madrid 1968) tuvo desde siempre clara su vocación literaria e intentó hacerse un hueco como autor de teatro y novela, si bien su devenir vital le condujo a convertirse en cronista, es decir, en una especie de escritor costumbrista al servicio del periodismo. Por ese motivo, tanto su obra creativa como la periodística comparten bastantes rasgos comunes: el predominio de lo autobiográfico, la proximidad a los ambientes populares y artísticos (con figuras circenses, del teatro de variedades, artistas del toreo, etcétera), un fuerte sentido de la ironía, y una voluntad estética o formal de marcada influencia clásica, por citar las más sobresalientes; en otras palabras, aun como periodista mantuvo su impronta literaria. La Guerra Civil supuso también en su biografía un antes y un después entre sus orígenes cacereños y su instalación definitiva en Madrid, aunque sin perder el contacto con el ambiente cultural de su ciudad natal ni con sus paisanos asentados en la capital, pues, por ejemplo, desde niño había sido compañero de juegos literarios de Jesús Delgado Valhondo, además de ser coetáneo de futuros escritores como el poeta José Canal, uno de los fundadores de la revista cacereña *Alcántara* junto a Delgado Valhondo, y el periodista Pedro de Lorenzo, algo más jóvenes que él, y con quienes colaboró.

Pero sería a raíz de su establecimiento en Madrid cuando Leocadio Mejías cambió su orientación como escritor hacia la profesión periodística, aunque intentó mantener ocasionalmente su vocación inicial. De forma llamativa, es el ámbito del cuento donde se puede observar con claridad esta dicotomía Madrid/Cáceres y periodismo/literatura en 1946 y 1947: en 1946 publicó un relato en la antología que lleva por título *Cuentos de la pista*, reunidos por el también periodista Fernando Hernández Castanedo, con treinta y cuatro relatos de otros tantos escritores (muchos de ellos eventuales, o relacionados con el Circo Price, pero también consagrados, como Edgar Neville). En segundo lugar, en enero de 1947 apareció publicado en el número 7 de la revista cacereña *Alcántara* —revista que había sido fundada dos años antes por sus amigos Jesús Delgado Valhondo y Pedro de Lorenzo, entre otros— su cuento «El dragón de los siete cerebros», objeto de análisis en las presentes líneas.

Sobre Leocadio Mejías no existe hasta la fecha un estudio monográfico, sino tan sólo consideraciones puntuales en torno a dos aspectos: su labor como periodista (sobre sus series tituladas «Muchachas que trabajan» y «La conquista de Madrid») y su condición de autor de la novela en que se basa uno de los clásicos del cine español de los cincuenta, de título homónimo: *Segundo López, aventurero urbano*. La película fue dirigida por Ana Mariscal en 1953, a partir de la novela publicada en 1947, y en el filme el propio Leo-

Leocadio Mejías hace un cameo en calidad de escritor y que se basa en experiencias propias y compartidas con otros cacereños que intentaron la vía madrileña: Severiano Población, en calidad de protagonista del filme al encarnar a Segundo López, y Valentín Javier, como responsable de la fotografía del filme dirigido por su esposa y actriz principal. En otros estudios hemos señalado los rasgos más importantes de la producción dirigida y protagonizada por Mariscal, en la que se aprecia una adaptación bastante exitosa del texto (García-Manso, 2013 y 2014).

No es ésta la única novela que firmó Leocadio Mejías: de 1935, anterior a la Guerra Civil, es *Santa Lila de la Luna y Lola, novela cursi*, cuyo juguetón título resulta de por sí diletante para un texto que se escribió en Cáceres y a cuatro manos, sumando las de Pedro de Lorenzo, según el periodista Fernando García Morales. Suyos serían los seudónimos Viky y Kopolán (o Copolam, según otras transcripciones), que figuran como autores.

Como proyecto de obra con tono más teatral que de ficción novelesca Mejías publica en el año 1943 *Sr. Clown* y, finalmente, ya en 1957 y como homenaje cargado de emoción, una *sui generis* biografía del payaso Rámper (Ramón Álvarez Escudero, fallecido un lustro antes) que lleva por título el sobrenombre del personaje. Ambos textos coinciden en el ambiente que describen con el relato recogido en la antología de *Cuentos de la pista*. No sucede lo mismo con el cuento «El dragón de los siete cerebros», con una voluntad estética de juego metaliterario más próxima a la novela de 1935.

2. EL CUENTO EN EL CONTEXTO DE LOS RELATOS DE DRAGONES

Desde su mismo título, el cuento «El dragón de los siete cerebros» remite a un relato tradicional, con elementos presentes, por ejemplo, en versiones de los Hermanos Grimm (2009: n.º 60 y 91), en tradiciones populares italianas como el cuento recogido por Italo Calvino (2005: n.º 58), y, en fin, en la propia Península Ibérica, con testimonios y variantes recogidas de norte a sur y de este a oeste, así como en la región extremeña, con relatos de Llerena, Alange, Jaraíz o Madroñera [Hernández de Soto, 2012: n.º 21 y 22; Curiel Merchán, 1987: n.º 13 (adaptados e ilustrados en Martens *et al.*, 2013); Rodríguez Pastor, 2001: n.º 6 y 7]. Según el cuento tradicional, se trata de un dragón, o de una serpiente, de siete cabezas —cabezas que Mejías traslada metonímicamente a los respectivos cerebros—, que asola una población y al que únicamente es capaz de vencer alguien que confía en sí mismo, en sus propias fuerzas o valentía, sea cual fuere su condición (Rodríguez Pastor, 1998). De ahí que se haga merecedor de la recompensa máxima, que suele ser la mano de la princesa del lugar. Se trata de un esquema que responde al modelo 300 (*The Dragon-Slayer*) y sus variantes según la clasificación de Aarne-Thompson-Uther (2004).

En la reelaboración que propone Leocadio Mejías el inserto de un elemento orientalizante como es una caja filipina con decoraciones chinas, impone de por sí una perspectiva diferente al fondo tradicional y confiere a la figura del dragón un contexto distinto que impide que sea aplicable la clasificación de Aarne-Thompson-Uther si no es irónicamente (Rodríguez Puértolas, 2008: 461). Y es que el dragón en las culturas orientales posee unas connotaciones singulares que no se dan en occidente: su carácter festivo, el tono decorativo de su colorido, la extracción de componentes mágicos —y no ponzoñosos— de su cuerpo, el fuego como herramienta, etcétera. Se trata de connotaciones exóticas que, trasladadas al fondo tradicional del relato, provocan un intenso extrañamiento en el sentido literario.

A este distanciamiento contribuye también la lectura religiosa. Si bien es verdad que la figura del dragón es compartida por numerosas culturas humanas (las indoeuropeas, de carácter mitológico, con figuras como las de Teseo o Hércules, entre otros, que combaten contra dragones o seres concomitantes y próximos a éstos, y las orientales, según hemos apreciado), la tradición hebrea y de la configuración de los libros bíblicos del Cristianismo no están exentas de la figura del dragón, y más si cuenta con siete cabezas, según aparece descrito en el *Apocalipsis* de San Juan (12.3), y en la leyenda de San Jorge, fiesta, por cierto, institucional en la ciudad de Cáceres, si bien en el momento en que Leocadio Mejías elabora su cuento carecía de la tradición de quemar dragones, costumbre que se impondrá pocos años después de su publicación.

En este contexto, una de las transformaciones básicas del relato que propone Leocadio Mejías es la supervivencia inicial del dragón —el cual, además, se hará un seguro de vida cuyos beneficiarios son sus antiguas víctimas—, algo que aporta una de las claves del sentido del texto, según se considerará más adelante. El otro cambio llamativo se refiere a la recompensa que se ofrece por la muerte del dragón, que, a falta de princesa cuya mano entregar, consiste en una beca para estudiar música. Un seguro de vida y una beca en un cuento maravilloso constituyen dos motivos causantes de extrañeza y, al tiempo, contemporáneos al autor que se añaden a las claves populares, orientales y religiosas, aunque también como forma de jugar con el lector, como invitación a no tomarse demasiado en serio el relato.

3. EL CUENTO EN SU PROPIO CONTEXTO: EL «METACUENTO»

La intersección de perspectivas señaladas convierte el relato de Mejías en un «metacuento» o cuento de cuentos. Es más, sobre la estructural vertebral del *Dragon-Slayer* se superponen otros motivos populares: la curiosidad por la caja que oculta un misterio, la flauta mágica a la manera de Hamelín, las ofrendas en forma de medicinas que han de entregar los boticarios, los

zapateros que buscan la piel para los calzados que fabrican, o el triunfo de la actitud calmada como sinónimo de valentía en la moraleja final; es decir, el mal oculto, el encantamiento, la enfermedad, el desplazamiento y la serenidad, en un secuencia que avanza desde el mal a la serenidad con un intermedio en la enfermedad. Ello en un contexto más inmediato, como es un regalo de cumpleaños por parte de un abuelo, siendo el presente la lección moral que desemboca en la armonía.

Se trata de una lección con ingredientes religiosos: las siete cabezas del dragón encarnan los pecados capitales, siguiendo, además, una interpretación del pasaje del *Apocalipsis* en el que se menciona a la bestia de siete cabezas. Pero también a este respecto el relato de Leocadio Mejías ofrece una particular vuelta de tuerca: al no matar el héroe al dragón de siete cerebros no existe un combate real contra los pecados que representan cada una de sus cabezas. En realidad, la primera víctima de los pecados es el propio dragón, cuyos gritos de dolor (multiplicados por el número de cabezas) tienen aturrida a la población y condenados a los boticarios.

La enfermedad del dragón resulta ser, por consiguiente, de índole psicológica o mental, con cada una de sus cabezas obsesionada con ideas encadenadas: si una cabeza toma regaliz —entendido éste como medicina, además de como golosina infantil—, por ejemplo, la cabeza que alberga la soberbia, exige tal regaliz, acto seguido la envidia hace honor a su nombre y reclama también regaliz; la avaricia, exige más; la gula y la ira, lo demandan con violencia. Al cabo, es la música el remedio eficaz para las cabezas, y el dragón fallece de muerte natural años después, en su vejez.

El hecho de que el dragón muera anciano establece un sutil engarce con la figura del abuelo, cuyo regalo, al cabo, es la lección que imparte al protagonista con el cuento asociado a la flauta —y, metonímicamente, a la música— para tranquilizar la conciencia. Es más, a falta de princesas, las propias cabezas ya calmadas se presentan como un sensual coro de bailarinas en una opereta. De alguna manera, en fin, el abuelo le está hablando de sí mismo, en una experiencia vital tan próxima como la presencia de zapateros y boticarios, y que se hace presente en el texto en expresiones como «Muy lógico», especie de excursio extradieгético mediante el que el narrador se hace presente valorando el propio cuento.

4. CONCLUSIÓN: EL CUENTO SEGÚN LEOCADIO MEJÍAS

Ciertamente, el autor no es un escritor prolífico de cuentos, por lo que resulta difícil ubicar su producción en el contexto de la cuentística de la posguerra. «El dragón de los siete cerebros», al transformar un relato tradicional en la manera que lo hace, posee una impronta de experiencia vívida

y se presenta como motor de la creación literaria más allá de *boutades* como, entre otras, la de las cabezas danzarinas. Y es que, al igual que la música en el interior del relato, la literatura funciona como liberadora de manías y preocupaciones, y permite abrir el día desde el desayuno metaforizada en un caramillo cuya presencia, de por sí, remite a la poesía bucólica y al ocio. En fin, el oficio del muchacho es el de «domador de serpientes», un oficio que se puede denominar circense, ámbito en el que se volcó Leocadio Mejías al escribir a menudo sobre el mundo de la pista desde perspectivas tanto propiamente literarias como periodísticas. Se trata de un cuento que termina hablando de sí mismo, del propio ocio y oficio del escritor, conforme a algunas de las pautas que emplean los escritores de cuentos coetáneos, en los que se refleja una importante ocupación por la psicología (Brandenberger, 1973; Pérez-Bustamante, 1995).

BIBLIOGRAFÍA

- BRANDENBERGER, E. (1973): *Estudios sobre el cuento español contemporáneo*. Madrid, Editora Nacional.
- CALVINO, I. (2005): *Cuentos populares italianos*. Madrid, Siruela.
- CURIEL MERCHÁN, M. (1987=1944): *Cuentos extremeños*. M.J. Vega (ed.). Mérida, Editora Regional de Extremadura.
- GARCÍA-MANSO, A. (2013): «El cine de verano del cacereño barrio de San Blas». En Pariente Gutiérrez, A.: *En torno a San Blas*. Cáceres, Fundación San Benito de Alcántara, págs. 161-173.
- (2014): *El octavo pecado de la capital. El cine en el Cáceres de los años 50*. Cáceres, Filmoteca de Extremadura.
- GARCÍA MORALES, F. (1995): *Ventanas a la ciudad*. Cáceres, Cámara Oficial de Comercio e Industria.
- GRIMM, J. y GRIMM, W. (2009): *Cuentos completos*. Madrid, Alianza Editorial.
- HERNÁNDEZ CASTANEDO, F. (1946): *Cuentos de la pista*. Madrid, Parnasillo Literario Circense-Epesa.
- HERNÁNDEZ DE SOTO, S. (2012): *Cuentos populares extremeños*. Mérida, Editora Regional de Extremadura.
- MARTENS, H., BARCIA, E., PÉREZ PAREJO, R. y SOTO, J. (2013): *El Pico de la Cigüeña. Cuentos populares extremeños ilustrados I*. Cáceres, Institución Cultural El Brocense.
- MEJÍAS BONILLA, C. (2003): «Muchachas que trabajan (Madrid 1944)». *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 43, págs. 311-333.
- (2004): «La conquista de Madrid, por Leocadio Mejías». *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 44, págs. 751-768.
- MEJÍAS BONILLA, L. (1935): *Santa Lila de la Luna Lola, novela cursi*. Madrid, Gráficas Pilar.
- (1943): *Sr. Clown*. Madrid, Guash-La Escena.

- (1947): «El dragón de los siete cerebros». *Alcántara*, 7, págs. 3-4.
- (1947): *Segundo López, aventurero urbano*. Madrid, Ediciones Rollán.
- (1957): *Rámpen. Una vida para la risa y el dolor*. Madrid, Periódico Madrid.
- PÉREZ-BUSTAMANTE MOURIER, A.-S. (1995): «El cuento literario en la posguerra: imágenes de infancias». En Pérez-Bustamante Mourier, A.S., Ramos Ortega, M.J. y Jurado Morales, J.: *La literatura española alrededor de 1950: panorama de una diversidad*. Cádiz, Universidad, págs. 141-174.
- RODRÍGUEZ PASTOR, J. (1998): «Los cuentos populares extremeños en el tránsito del siglo XIX al XX». *Revista de Estudios Extremeños*, 54, págs. 113-150.
- (2001): *Cuentos extremeños maravillosos y de encantamiento*. Badajoz, Diputación Provincial de Badajoz.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J. (2008): *Historia de la Literatura Fascista Española 1*. Madrid, Akal.
- UTHER, H.-J. (2004): *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography. Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*. Helsinki, Academia Scientiarum Fennica.

El Dragón de los siete cerebros

(CUENTO MARAVILLOSO)

Tenia mi abuelo un cofrecillo que se trajo en sus tiempos mozos allá de las Islas Filipinas; era de laca y ostentaba sobre pintado paisaje chino de cursi policromía un dragón color de lagarto, de siete cabezas como las de los cuentos infantiles. Cada testa era remate de largo cuello ondulante. Lo que en su interior guardase ocultábalo el viejo cual misterioso arcano. Tentado estuve muchas veces por incentivo de la curiosidad a saltarle la tapa burlando el secreto, mas un temor a su carácter violentísimo me hizo desistir de la idea.

El cuatro de Septiembre, día de mi cumpleaños, esperaba yo su regalo de felicitación que, según costumbre, en esta fecha serían veinte duros, porque cada año que yo cumpliera, él aumentaba en uno el donativo metálico y, siendo tantos como años, al cumplir veinte en buena lógica podía esperar los veinte duros de mi abuelo.

Me llamó a su despacho, abrió un cajón de la mesa y extrajo una cajita de lata, envase jubilado de no sé que pastillas para la tos y de ella una llave minúscula que entre sellos de correos, un pedazo de lacre y varios alfileres guardaba.

—Este año voy a felicitarte con algo más positivo que el dinero.

¡La tapa del cofre iba a alzarse por fin ante mis ojos! Lo abrió. Contenia una vieja flauta rudimentaria.

—Mi regalo—dijo—. Y nublóse mi frente por el desencanto. ¿para qué querría yo una pobre flauta campesina?

—¿No te gusta? Mira esta figura pintada en el cofrecillo.

—Un dragón con siete cabezas.

—¡Y con siete cerebros! En cada cabeza albergó una faceta de temperamento infernal. Siete cabezas, siete pecados. La más erguida anidaba soberbia, la cubria con un espléndido sombrero de copa; otra, irredenta avaricia; la tercera, que en el dragón dormitaba vencida por su edad—(era milenaria el dragón)—correspondía a la lujuria; recostada en ella la de la pereza pasábase la vida bostezando sobre el cráneo de su compañera. Las de la gula y la envidia, amigas íntimas y, la última, un almacén de sórdida ira...

Pues trala en jaque a la comarca. No es de extrañar que teniéndolas llenas de tan malas ideas sufriese grandes dolores de cabeza y era terrible, porque desde lo más alto de la sierra vociferaba durante la noche como un condenado; sus gritos impedían oír en cien leguas a la redonda. ¡Y allí de los pobres boticarios fabricando aspirina por toneladas para calmar la neuralgia de su dragón!...

En el mejor de los casos gritaba a siete voces y decía—la soberbia:

—¡¡¡Eslavooooos!!! ¡Subidme diez duros de regaliz!...

Y la envidia:—¡¡¡A mi tambieeen...!!!

Y la gula:—¡¡¡Regaliz!!!

Y la de la avaricia:—¡Son pocooooos!...

Y la de la ira:—¡¡¡Os voy a comer las entrañas!!!...

Y la de la gula otra vez:—¡Qué bien; las entrañas!

Cansado el príncipe, gobernador de aquel reino, publicó un bando ofreciendo al dichoso mortal que los liberase de la bárbara bestia como recompensa la piel del dragón que codiciaban todos los zapateros para su industria y, a más de ello, en justo premio, una beca para estudiar en el Conservatorio de Música. El príncipe, por no tener hijas, no podía ofrecerlas en matrimonio al héroe como sucede en otros cuentos.

Conoció el bando un muchacho flautista dedicado por los caminos a domar serpientes. Desde la coqueta vivorilla a la opulenta boa no existía reptil que no bailara al hechizo sonoro del melancólico tañido. Tal su magia que hasta las sogas de los arrieros y su propio cinturón desalándose solo marcaban sobre la tierra al oírlo dulces pasos de polca. Y juró hacer suya la recompensa. Los ojos del dragón se animaron al verlo; lanzaban chispas como encendedores automáticos movidos por dedos nerviosos. Mas el domador, que era sereno—no de oficio,—de serenidad—comenzó a tañer la flauta maravillosa y a poco la bestia ondulaba sus cuellos al compás de las notas. Y eran las siete cabezas movidas en rítmica fila de baile, recuerdo feliz de muchachas de conjunto, un conjunto de alegre opereta.

Muy lógico. La música apaga las malas ideas, y no hizo falta matarlo. Acabó siendo un dragón honrado, tanto que hasta se hizo un seguro de vida a favor de sus coterráneos. El domador de serpientes renunció a la piel hasta que el animalito falleciera. El príncipe le regaló además un buen saxofón. Esta que te regalo, hijo mío, es la célebre flauta de mi cuento. En nosotros también vive un horrible dragón de siete cerebros. Cuando sientas en ti los aullidos de tu dragón, lleva a tus labios el flautín de caña y sopla.

Yo pensé que mi abuelo se habría economizado veinte duros pero, desde entonces todas las mañanas, en la bandeja del desayuno, junto a la taza de café con leche, me pasan a la cama el musical instrumento y, allí sentado dedico media hora a domesticar mi horrible dragón.